

El 10 de septiembre de 1941: un joven ingeniero y una vocación que acabaría marcando su vida

El 10 de septiembre de 1941, José Antonio García-Diego tenía ante sí todavía muchos años de profesión. El carné que conservamos de la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid nos devuelve hoy la imagen de aquel joven estudiante que acabaría convirtiéndose en una figura fundamental para la historia de la ciencia y de la técnica en España.

Había nacido en Madrid en 1919, en el seno de una familia originaria de Loma de Montija, en el norte de Burgos, en un ambiente familiar en el que convivían las ciencias, las artes y la cultura. Su padre, Tomás García-Diego, catedrático de Arte en la Escuela de Ingenieros de Caminos, contribuyó decisivamente a despertar en él una temprana curiosidad por la historia. Más adelante, el profesor Antonio del Águila, desde el Laboratorio de Obras Hidráulicas, reforzaría aquella inclinación hacia el estudio del pasado de la ingeniería y la pasión por los antiguos tratados técnicos.

Su trayectoria profesional fue intensa: trabajó en importantes proyectos hidráulicos en España y, en 1948, tuvo la oportunidad de formarse en el U.S. Bureau of Reclamation y en la Tennessee Valley Authority, dos de las grandes instituciones norteamericanas dedicadas al aprovechamiento del agua y la energía. A su regreso fundó Onuba, desde donde participó en proyectos de ingeniería y en la introducción en España de algunas tecnologías pioneras.

Pero la ingeniería nunca consiguió desplazar aquella otra pasión que le acompañaba desde joven.

El encuentro con Juanelo Turriano

En 1968 llegó a su estudio de ingeniería un proyecto relacionado con las consecuencias del Trasvase Tajo-Segura en Toledo. García-Diego, profundamente enamorado de la ciudad, planteó que la intervención sobre el río debía contemplar también la recuperación de su patrimonio histórico y de su paisaje.

Y fue entonces cuando apareció con toda su fuerza la figura de Juanelo Turriano.

La posibilidad de reconstruir parcialmente su extraordinario ingenio hidráulico, la máquina renacentista que durante el siglo XVI elevaba el agua del Tajo hasta el Alcázar, se convirtió en uno de los grandes proyectos de su vida. Para estudiarlo contó con la colaboración de Ladislao Reti, uno de los grandes especialistas internacionales en ingeniería del Renacimiento.

El proyecto de reconstrucción nunca llegaría a realizarse. Pero aquella frustración tuvo una consecuencia decisiva: García-Diego comprendió que, aunque no pudiera reconstruir físicamente el ingenio de Juanelo, sí podía reconstruir su historia.

Y a ello se entregó.

Investigó durante años la vida y obra de Juanelo Turriano, los antiguos ingenios hidráulicos, las presas históricas y la trayectoria de grandes ingenieros españoles. Publicó más de sesenta artículos y varias obras fundamentales, entre ellas *Los relojes y autómatas de Juanelo Turriano* y su estudio sobre *Los veintidós libros de los Ingenios y de las Máquinas*, cuya autoría tradicionalmente atribuida a Juanelo puso en cuestión tras una larga investigación.

Una comunidad internacional de investigadores

En 1971 acudió por primera vez a un congreso de ICOHTEC, celebrado en Moscú y Leningrado. Aquel encuentro abriría una de las etapas más felices de su vida.

Desde entonces, los congresos y simposios de ICOHTEC se convirtieron en una parte esencial de su actividad. Allí encontró colegas y, sobre todo, amigos con los que compartir una misma pasión por comprender la historia de la ciencia y de la técnica. Alexei Bogoliubov, Melvin Kranzberg, Jacques Payen, Eugeniusz Olszewski, Carlo Maccagni, Luigi Bulferetti, Stephan Bálán o Alex Keller fueron algunos de ellos.

García-Diego entendía la investigación como una tarea que debía superar fronteras. Por eso colaboró activamente con ICOHTEC, apoyó la participación de investigadores de países con mayores dificultades económicas y terminó asumiendo su presidencia en 1989.

En 1988 consiguió además que Madrid acogiera el XVIII Simposio de ICOHTEC, dedicado a la ingeniería civil durante la Ilustración.

Una fortuna puesta al servicio de una vocación

Pero su mayor legado estaba todavía por llegar.

En 1987 creó la Fundación Juanelo Turriano y destinó a ella su fortuna personal. Su objetivo era fomentar en España el estudio de la historia de la ciencia y de la técnica, impulsar investigaciones, publicar libros, organizar cursos y conferencias y contribuir a la conservación y divulgación del patrimonio tecnológico.

No era sólo la culminación de su trayectoria como historiador. Era la expresión definitiva de una vocación.

El ingeniero que había dedicado tantos años a construir y estudiar obras hidráulicas decidió poner su patrimonio al servicio de la memoria de la ciencia y de la técnica y de quienes se dedicaban a investigarla.

Hasta sus últimos meses continuó trabajando. En 1993 participó en la organización del Congreso de Historia de la Ciencia y Simposio de ICOHTEC celebrado en Zaragoza bajo el lema *De la Alquimia a la energía nuclear*. La Fundación Juanelo Turriano colaboró activamente en aquel encuentro, que reunió a cerca de 1.500 participantes.

José Antonio García-Diego falleció pocos meses después, a finales de enero de 1994.

Solía referirse a la Historia, parafraseando a Borges, como «ese laberinto tranquilo». En él encontró a Juanelo, a Villarreal de Bériz, a Betancourt y a tantos otros protagonistas de la ciencia y de la técnica. Y también encontró a una comunidad internacional de investigadores y amigos que hicieron de ese laberinto un lugar más amable.

El carné fechado el 10 de septiembre de 1941 nos permite asomarnos hoy a uno de aquellos momentos tempranos de su vida. Aquel joven estudiante todavía no podía saber que, con el paso de los años, su verdadera vocación acabaría siendo precisamente ésta: rescatar del olvido la historia de la ciencia y de la técnica y ponerla al alcance de las generaciones futuras.

Ese fue el propósito que hizo realidad con la creación de la Fundación Juanelo Turriano.